 Tiempo de lectura: 5 min.

*En su lectura del Cantar de los Cantares, san Francisco de Sales evoca, mediante una cita del Cantar o una simple alusión, la figura de Cristo Esposo, sobre todo desde la perspectiva de la salvación que trae Aquel a quien suele llamar «el Salvador».*

*Es evidente que muchas de sus interpretaciones se inspiran en toda una tradición anterior, pero, al hablar de los misterios del Dios hecho hombre, el doctor del amor se dejó cautivar como pocos por las imágenes, los símbolos y las «semejanzas».*

**Misterios gozosos**

La Encarnación es el primero de todos los misterios, oculto en la eterna providencia de Dios y esperado por los siglos de los siglos.

En los poemas del Cantar, donde se habla a menudo de viñas y uvas, el autor del *Tratado del amor de Dios* extiende la imagen de la viña, símbolo tradicional del pueblo de Dios, a todo el universo creado, que espera el Fruto delicioso. En efecto, Jesús es la uva esperada por las generaciones; por Él plantó el Padre su viña desde el principio:

*El gran Salvador fue el primero en la intención divina y en aquel proyecto eterno que la divina Providencia concibió para la producción de las criaturas; y, en contemplación de este* ***fruto deseable****, se plantó la* ***viña*** *del universo y se estableció la sucesión de diversas generaciones que, como hojas y flores, debían precederlo, como precursores y preparativos adecuados para producir* ***esa uva*** *que la santa esposa tanto alaba en el Cantar.*

Tras la larga espera de la Encarnación, llega por fin el momento de la Anunciación de la venida del Salvador, el momento del beso.

Los deseos de la Virgen, intérprete de la humanidad que esperaba y que había exclamado: «*Que me bese con el beso de su boca*», se han cumplido misteriosamente.

Dejando por una vez el lenguaje místico que tanto ama para recurrir al de la teología especulativa, san Francisco de Sales afirma que el beso significa «*la unión* hipostática de la naturaleza humana con la divina».

Nuestro Señor vino a su *jardín*, explica, cuando llegó «al seno purísimo, humildísimo y dulcísimo de su Madre, lleno de *todas las plantas florecidas* de las santas virtudes». Jesús es la *flor* de los campos, la flor por excelencia, nacida de la santísima Virgen.

Después del nacimiento de Jesús, los deseos de la Virgen se cumplen de una manera muy concreta, pues recibe los *besos* de su Niño, al que amamanta.

Ocho días después de su nacimiento, recibe el nombre de Jesús, y se le podrá decir: «Tu *nombre* es un *aceite* derramado. ¡Oh *nombre salvador*, nombre de esperanza!». Este Nombre sobre todo nombre inspiró a Francisco de Sales ese grito de amor y de victoria que nunca se cansa de repetir: «¡Viva Jesús!».

Al comienzo de su ministerio público, empieza a oírse la «Voz» del Amado. Los profetas del Antiguo Testamento habían dicho: he aquí que vendrá y no tardará; pero Juan Bautista dice: «He aquí que viene, saltando por los *montes*, brincando por las *colinas*», como queriendo decir que nada puede impedir su venida, ni siquiera las altas montañas. Jesús predica, y su predicación es como un aceite que difunde su perfume por todas partes.

**Misterios dolorosos**

Pero, al leer los poemas del Cantar, nuestro autor se detuvo sobre todo en las imágenes y los símbolos que le hablaban de la pasión y la muerte de Cristo en la cruz.

La *mirra*, mencionada a menudo, representa la amargura de su dolorosa pasión.

Él mismo es el *lirio* entre espinas.

Es el «*fuego* del amor que arde en un zarzal de dolor».

El rocío y las gotas de la noche que cubren la cabeza del Amado representan sus aflicciones y dolores.

El *lecho* florecido, *lectulus noster floridus*, es el lecho de la cruz, porque allí Nuestro Señor se convirtió en «rosa del martirio, violeta de la mortificación, lirio de la pureza».

¿Y qué es esa *corona* que su madre, la Sinagoga, le impuso, sino la corona de espinas para el día de sus bodas?

La contemplación de las llagas de Cristo sugirió a nuestro autor varias imágenes tomadas, una vez más, del Cantar. La del *panal*, con todas sus celdillas, le recuerda el cuerpo de Cristo, atravesado por agujeros que son otras tantas llagas. Las *ventanas* y la celosía representan «las llagas de su cuerpo y la abertura de su costado», a través de las cuales nos mira.

Otra imagen impresionante, tomada de san Bernardo, es la de los *agujeros* en la roca donde anida la *paloma*, símbolos de las llagas de Cristo en las que es hermoso esconderse: debemos permanecer, escribe, «en la *cueva* de la tórtola y en el costado traspasado de nuestro querido Salvador».

**Misterios gloriosos**

Tampoco faltaban imágenes para celebrar el misterio de la Resurrección. La unión del alma de Cristo con su cuerpo se compara con la miel que llena el panal:

*Él vivió una vida nueva, uniendo su alma, más dulce que la **miel**, a su cuerpo traspasado y herido por más agujeros que un **panal**.*

El *vino* representa la alegría de su resurrección, y la *leche*, «la dulzura de su conversación» con los apóstoles y los discípulos durante los cuarenta días siguientes.

El Cantar de los Cantares también le proporcionaba material para ilustrar el misterio de la Ascensión, que define como el último de los misterios de la Redención y su complemento.

La correspondencia es perfecta: si el beso del primer versículo del Cantar evocaba el misterio de la Encarnación, Francisco de Sales leía el misterio de la Ascensión en el último versículo del libro: «*Huye*, amado mío, y sé semejante al *ciervo* y al cervatillo de las ciervas, sobre los montes aromáticos».

Cristo, en su ascensión, se parece al *ciervo*, que alcanza la cima de las montañas para «contemplar más de cerca el sol», pero también «para ver con mayor claridad todas las cosas a sus pies». Al subir al cielo en cuerpo y alma, Jesús mezcló «el *vino* gozoso de la gloria esencial de su alma con la deliciosa leche de la perfecta felicidad de su cuerpo».

Exaltado en la gloria junto al Padre, el Hijo no desea otra cosa que el único y eterno beso del Padre: «Que me *bese* con un beso de su boca». Así, en el cielo, el Hijo se alimenta y se sacia «en el *mediodía* de su gloria», donde no hay sombra.

Tras ascender al cielo junto al Padre, Jesús envía al Espíritu Santo. En esto se parece al *cervatillo* que salta, pero que mira continuamente al fondo del valle donde ha dejado a su madre, es decir, a la naturaleza humana, a la que enviará al Espíritu Santo.

El don del Espíritu marca el comienzo de la Iglesia: sobre ella derrama no solo su *aceite*, es decir, «la unción salvadora de la justificación», sino también «el *viento* suave de los consuelos», es decir, su amor. Tal amor, precisa nuestro doctor, no puede ser producto de las fuerzas naturales: es un don del Espíritu Santo, que «lo da y lo difunde en nuestros corazones».

## Conclusión

Como puede observarse, san Francisco de Sales interpretó con gran libertad muchas imágenes y símbolos del Cantar, leyendo en ellos los principales misterios de la salvación traída por Cristo. Pero, sobre todo, le interesa mostrar que toda la obra de la salvación está motivada por el amor.